

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL Sr. MINISTRO DE SALUD PUBLICA,
Dr. VICENTE BASAGOITI

Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Señor Rector de la Universidad de la República; Señor Decano de la Facultad de Medicina; Señor Presidente del VIII Congreso Uruguayo de Cirugía; Ilustres visitantes; Profesores; Señoras y Señores:

En nombre del Poder Ejecutivo, tengo el honor de señalar que este Congreso de Cirugía, constituye un aporte más en el orden científico al progreso tecnológico de la ciencia.

Caben las notas del himno en el que, ilustres visitantes, debéis interpretar las sublimes de vuestro propio himno, y bajo los númenes de la patria en cuyo calor y presencia heroica están implícitas las alas legendarias de vuestra victoria, este país se pone a trabajar, una vez más, por la voz de sus técnicos, aquéllos que la democracia nacional ha creado, generosa y justa, para que desde la altura de su virtuosismo técnico sirvan la majestad de su sabiduría, y en las proyecciones sociales de su profesión, el devenir de la patria y la perfección del sistema sanitario nacional.

Desborda, en efecto, al servicio de su finalidad, los ámbitos estrictamente técnicos, que con un criterio de jurisdicción profesional podrían cometerse. Porque entendemos que las fuerzas técnicas creadas por el concurso del país, en ese empuje por el que las democracias crecen en altura, en vuelos verticales de progreso y de luz, y den extensión para cubrir la patria, para cubrir todas las patrias, con el servicio sanitario que sea la preservación psicológica y somática del pueblo, constituyen sin duda, una forma superior y dilecta de gobierno, que es, a la postre, una forma de interrelación democrática que opera en el mecanismo de

las convivencias internacionales y en el lenguaje superior y alto de las diplomacias internacionales, creando, para el mundo, caminos de luz, formas puras de convivencia y preservaciones majestuosas del valor más alto de la especie, que es el hombre.

¿Cómo, pues, nuestro Gobierno no ha de considerar este acto como un acto positivo, de afirmación democrática? ¿Y cómo, señores Delegados que nos hacéis el honor de estar entre nosotros con los derechos de residentes y con el prestigio de la patria de que venís, no habréis de considerar este acto como una forma pura y deleitosa de fraternidad?

Pocos minutos hace me decía el Prof. Juan Martín Allende —que tomo como prestigioso símbolo de mi discurso, dirigido a la fraternidad de todos nuestros ilustres visitantes— que nuestro Artigas está desde hace pocos años esculpido en la roca viva de aquel pueblo y para la eternidad. Nosotros podemos decirle que tenemos también esculpido en nuestro corazón, en un mármol tan sutil y firme como es el recuerdo de su San Martín y el amor a su democracia.

Por eso el acercarse los hombres de ciencia; el decirse su verdad, la verdad más pura, porque emerge del insomnio, de la investigación de doctrinas depuradas; la verdad que tiene como fin al hombre mismo desasido de sus realidades, sin piel, sin color y sin idea, pero teniendo en cuenta la piel, el color y la idea del hombre universal. La ciencia, que es el hurgar constantemente con dolor, con deseo y con insatisfacción perenne, porque es la búsqueda incesante y sin límites: la ciencia, que es el deber moral para con el país, que es la fraternidad viva, el prolongarse en los demás, el sentir su drama como propio y el superar los fracasos con el estudio, la perseverancia y la abnegación para servir en fraternidad y en luz a los demás; la ciencia es, sin duda, una bandera purísima que ha de levantar la democracia selecta de la inteligencia, para que sirva por siempre los destinos universales del mundo y de los hombres.

Vuestro arte es estricto. vive en los límites del virtuosismo técnico, y aunque las formas han cambiado porque ya lo asfixiante del silencio majestuoso y recóndito del quirófano, ha sido sustituido por la evolución politécnica hacia el equipo, que hace al enfermo el centro del acto y que exige la concurrencia del biólogo que controle el equilibrio humoral; del anestesista que gra-

dúe la narcosis en forma de conducirlo con las garantías máximas, hasta el oficiente que transcurre por los capítulos sabidos y conocidos porque en ellos está la garantía del sistema, aunque pierda la majestad del Maestro; el que asiste psicológicamente al enfermo antes y después; el que le alienta; el que trata su moral. En síntesis, el equipo tecnológico al servicio del hombre en aquel estado de martirio, de sufrimiento para el que el país organiza, con sus servicios técnicos, la asistencia mejor, más alta, más pura y más justa en el ámbito científico y moral.

Eso es vuestro arte, señores cirujanos; y cuando os reunís a trabajar, a deciros vuestros secretos para bien servir el nobilísimo fin de vuestra profesión, estáis sin duda sirviendo alta y bellamente a la patria.

Por eso el Poder Ejecutivo da a este acto la majestad que él intrínsecamente tiene, y formula sus votos para que vuestras palabras sabias conduzcan el destino nacional a punta de embellecerlo con las conquistas que vengan de vuestras investigaciones y de vuestra experiencia.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos.)

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL Sr. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD,
Dr. MARIO A. CASSINONI

Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Señor Ministro de Salud Pública; Señor Decano de la Facultad de Medicina; Señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas de Córdoba; Señoras y señores:

Hace unos años tuve el honor de pronunciar algunas palabras en el acto inaugural del Primer Congreso Nacional de Cirugía, en la Facultad de Medicina. En ese momento pude decir que todas las actividades que desarrollaban los cirujanos agrupados en sociedades, o esporádicamente en la organización de jornadas o congresos, se caracterizaban por su seriedad, palabras que podría repetir ahora, como si el espíritu disciplinado que anima a la especialización quirúrgica, transfundiera en la actividad colectiva de quienes la practican.

Este Congreso, ya el octavo, revela en sus programas, en la enunciación de su trabajo, que han de verterse en ellos, seguramente, por quienes han de tener a su cargo los relatos, experiencias valiosas que contribuirán a nuestro progreso científico.

Hemos visto en los últimos tiempos muchas reuniones como ésta, con el mismo sentido que ésta. y puede decirse que si bien otras especializaciones alcanzan el nivel de la quirúrgica, evidentemente el cetro en esta materia lo sigue manteniendo, para honor de ella, la cirugía nacional.

Hay, sin duda, alguna explicación de este fenómeno, y la primera de ellas es que a través de muchos años, en nuestra Facultad médica —y tal vez en todas las Facultades del mundo— los más capaces de las distintas generaciones, adoptaron como especialización la quirúrgica.

¿Por qué razón, dejando de lado todo aquello que pudiera parecer un tanto deleznable —que no es el caso—, quien tiene vocación y ama la Medicina, busca la cirugía? Sobre todo, y fundamentalmente, por una: porque a la cirugía se le ha dado, durante el correr de muchos años, la oportunidad de la eficacia; el poder lograr hasta el final el objetivo del médico: curar; el ser el hombre de decisión en la etapa más difícil; el poder ejercer, a veces con verdadero sacrificio y heroísmo, lo que es el ideal del médico.

El cirujano se formó en épocas en que el mundo vivió el desarrollo de su historia, la conquista de otros pueblos. Algún historiador dijo con verdadera razón que hizo mucho más por el progreso de la Medicina el descubrimiento de la pólvora, que los descubrimientos propiamente científicos. El cirujano fue con los ejércitos; se disciplinó con los ejércitos; corrió los riesgos de las batallas, y, desde luego, se formó en una disciplina distinta —a la vez que heroica— de otras prácticas de la Medicina.

Los tiempos han cambiado, y acaso aquellas virtudes que exigíamos para decir que una persona era el buen cirujano, sean hoy distintas.

Este problema de orientar bien todas las voluntades humanas hacia la técnica o el oficio donde puedan ser más útiles, tiene que ser problema apasionante de quienes están en uno u otro cargo en la dirección de la enseñanza.

Comenzamos por manifestar, sin rubor, ante nuestros colegas de otros países, que en nuestro país, en materia de orientación profesional, no existe nada, y que esta gran multitud de jóvenes que se dirigen a las universidades e ingresan a ellas buscando una profesión o un oficio como solución de su vida, llegan sin saber a dónde van ni qué camino escogieron. No se han medido lo suficientemente bien sus aptitudes, ni el placer y la voluntad con que realizará ese oficio, es decir, su vocación; ni tampoco las otras condiciones personales que son indispensables.

Pero a esta altura me pregunto: ¿existen, en realidad, condiciones para ser un buen médico, como comúnmente predicamos, o es ya la Medicina un complejo tan grande de distintas especializaciones que hay una vocación de cirujano, una vocación de psiquiatra, otra de internista?

Evidentemente, ésta debe ser la verdad; habrán cosas comunes a todas las especializaciones médicas, pero ya hay diferencias sustanciales. Y entre esas diferencias sustanciales, el cirujano sigue distinguiéndose por alguna de aquellas virtudes que le asignaban Galeno y Celso: la habilidad, la decisión, el ímpetu, la serenidad; lo que el vulgo llama la sangre fría. Porque el cirujano es hoy una cosa distinta; es, además y fundamentalmente, el director de un gran equipo, el coordinador de una serie de voluntades que concurren para hacer efectivo el acto que él dirige. Es, en cierta manera —para emplear ahora de nuevo la similitud guerrera— un general de los nuevos tiempos; no aquél de nuestros entreveros, que al final de la batalla desafiaba al adversario y corría el mismo riesgo de sus soldados; sino el estratega de hoy, que planifica antes, que planifica en el momento en que se desarrolla la batalla y que tiene en sus manos todos los elementos de una conducción que para que llegue a ser eficaz tiene que resultar armónica, lo cual significa decir que el cirujano de nuestros tiempos, para ser un buen cirujano debe ser, además de un anatomista, de un hábil manejador de los instrumentos y tener destreza como para utilizar, si es posible, tanto su mano izquierda como la derecha —como lo decía Celso— debe ser, fundamentalmente, un coordinador de voluntades y de especialidades, para que ellas todas contribuyan armónica y eficazmente en el acto quirúrgico.

He aquí una nueva condición que está unida íntimamente a la vocación del futuro cirujano.

Pero para que la cirugía de estos países triunfe, es necesario otra cosa. Para que los Congresos de Cirugía tengan en el futuro el nivel que tienen los actuales, será necesaria también una planificación sensata de los servicios quirúrgicos. No podemos seguir, en un país de tan escasa economía como el nuestro, con esta diversificación de servicios, a veces pequeños institutos mal montados, sin recursos, cuando otros países económicamente más poderosos poseen del mismo género uno solo bien equipado y que puede dar, a quien lo dirige o a quienes trabajan en él, una gran experiencia.

Yo sé que el problema no es sencillo; que la absorción en una sola mano o en una dirección, contribuye muchas veces a que toda actividad intelectual disminuya en sus resultados y que

la competencia tiene sus beneficios; pero nuestras estadísticas serán raquíticas frente a las de otros países, si seguimos proliferando, repito, en pequeños servicios, en pequeños institutos, que nada tienen.

Debemos, en este aspecto, obrar con sensatez, y tanto en la enseñanza como en la asistencia, ir a una planificación adecuada para que el nivel intelectual de ésta y otras especialidades no se resienta.

Yo celebro, como representante de la Universidad, la organización de estas jornadas. Expreso mi más fervientes votos por su éxito, del que estoy seguro; doy mis saludos a los colegas del interior, a quienes veo en gran número, siguiendo los adelantos de la ciencia en la materia que es de su vocación; y muy especialmente saludo a los colegas argentinos, cuya presencia denuncia que la tiranía no ha podido quebrar los vínculos existentes entre nosotros.

(Prolongados aplausos.)

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL SEÑOR DELEGADO
DE LOS CIRUJANOS DEL INTERIOR,
Dr. BERNARDO CURBELO SILVA

Señores Representantes de las Autoridades Nacionales y Universitarias, Señoras, Señores Colegas Extranjeros, Señores Congresales:

Una nueva oportunidad, la inauguración del Octavo Congreso Nacional de Cirugía, nos presenta a los cirujanos del país, para congregarnos en un acto de tan extraordinaria trascendencia y en especial a nosotros los cirujanos del Interior, a quienes tengo el honor de representar.

Si en las diferentes ramas del conocimiento humano, la colaboración entre los hombres se muestra hoy indispensable, en Medicina esta disciplina adquiere las características de lo absoluto.

El individualismo, aun con los destellos extraordinarios que surgen del genio, mantendrá siempre el conocimiento aprisionado en estrecho círculo. Si el impulso gregario ha unido a los seres, como un imperativo biológico, de esa misma manera debe unir a los hombres de ciencia movidos por un idéntico ideal de perfección en la conquista de la verdad, y en el caso nuestro, en esa lucha tenaz e implacable por el alivio del mal y la conservación de la salud, que ha sido la suprema preocupación del hombre desde que la razón se encendió en su cerebro. Se ha dicho con frecuencia que en Medicina, la verdad es solamente la conquista de la hora presente, y en plena evolución, sujeta a múltiples modificaciones, cuando no a un cambio total impuesto por las nuevas adquisiciones; por ello, la discusión de los problemas médicos, cuando se realizan en el núcleo selecto de los altos valores, es como el golpe del cincel en manos del artista que va dando perfección a la obra.

Si estas consideraciones, tienen valor para los maestros, en ese renvado afán de perfeccionamiento, ¿qué no diremos de nosotros, que de los más apartados lugares de nuestro país, concurrimos gozosos a abrevarnos en estas preciosas fuentes del conocimiento, aumentando nuestro bagaje científico, creando un incentivo para nuestro perfeccionamiento y una feliz oportunidad para conocernos mejor y apreciarnos cada vez más?

Creo interpretar fielmente a mis colegas cirujanos del Interior formulando mis más sinceros votos de agradecimiento, para aquellos maestros, como Domingo Prat, Juan Carlos del Campo, Carlos Stajano, Pedro Larghero, Abel Chifflet, Víctor Armand Ugón, Eduardo Palma, Fernando Etchegorry, etc.; el citar nombres expone siempre a olvidos enojosos, y aquellos que como Ardao y Cendán, fueron el motor vivo y dinámico que impulsó por los senderos luminosos de la realización la magnífica idea de crear estos Congresos Nacionales de Cirugía, con contornos modestos, si se quiere, al principio, pero que gracias al esfuerzo sostenido y entusiasta de todos ellos y por qué no decir también de los nuestros, van adquiriendo una jerarquía cada vez mayor, con una trascendencia y un prestigio, no sólo nacional sino también americano, al congregar junto a nosotros a ilustres maestros del continente y como no podía ser de otra manera, a la siempre amplia y sincera colaboración de nuestros hermanos de allende el Plata: los maestros argentinos.

Ahora, hablemos un poco de nosotros: los cirujanos de tierra adentro.

La cirugía del Interior, tomada como una disciplina, con la amplitud que debe y tiene en el momento actual, puede considerarse de muy reciente data. En los primeros tiempos, sólo una cirugía de urgencia, realizada a menudo en muy precarias condiciones, salvo raras y honrosas excepciones, tenía como fundamental finalidad conseguir la curación de enfermos con afecciones de orden quirúrgico que por su urgencia, gravedad y situación topográfica del lugar de radicación del enfermo hacían imposible su traslado a un centro quirúrgico especializado, principalmente Montevideo. A la realmente heroicidad de aquellos meritorios colegas, se deben muchísimas vidas que parecían condenadas a una muerte segura; ellos también tienen su parte de gloria, que es justo reconocer. Era todavía la época de una Medicina indivi-

dualista. Fue necesario que surgieran las Sociedades Médicas del Interior, y esto hace poco más de veinte años, como muy bien lo expresara el distinguido colega Dr. Berhouet, verdadero pionero de la cirugía de tierra adentro, para que con la colaboración y la mutua comprensión, se estructuraran Centros Quirúrgicos organizados y equipados de manera tal que permitieran la práctica de una cirugía correcta y amplia, con la seguridad que es obligatorio exigir en el momento actual. Esta organización, que pudiera considerarse aquí en la capital como una obra relativamente fácil, constituye en los Centros del Interior, el fruto de un esfuerzo, de una labor y de un espíritu de colaboración y desinterés extraordinario.

Quien conozca de cerca estos ambientes, se convencerá que no es asunto fácil, a pesar de los superiores móviles perseguidos, conseguir la estructuración de todo un equipo quirúrgico: cirujanos, anestesistas, transfusionistas, radiólogo, laboratorista, etc., en un medio donde el número de colegas es limitado, y a todo ello, agregar el desinterés y debida comprensión para reunir en un mismo foco la totalidad de los enfermos quirúrgicos de la zona.

Asistíamos, no hace mucho, a un curso de postgraduados del Profesor del Campo sobre cirugía de la vía biliar principal, y un distinguido colega, cirujano de un importante centro del Interior, se lamentaba de no disponer en su zona del material humano necesario para la realización en cierta escala de tan interesante rama de la cirugía. Como vemos, en la práctica, la conjunción de todos estos elementos no es fácil. No basta el esforzado empeño de los cirujanos, necesario es que concurren en su ayuda otras fuerzas poderosas, y que se me ocurren pueden ser:

1) En primer término, y aprovecho la feliz oportunidad de la presencia en este recinto del señor Ministro de Salud Pública, mi distinguido amigo el Dr. Basagoiti, para recalcar la importancia de la creación y sobre todo, la correcta organización, con personal y material adecuado, de centros quirúrgicos estratégicamente ubicados en el interior del país. Son ellos, verdaderas Escuelas de Medicina, congregando a médicos y material humano, campo neutral para los colegas y enorme fuente de beneficio para la zona.

2) *El apoyo que la Sociedad de Cirugía ha ofrendado a los cirujanos del Interior, ya siendo la fuente inspiradora y propulsora de estos Congresos y luego incorporándonos a su seno.*

3) *Los cursos de perfeccionamiento para postgraduados, como obra de la Facultad de Medicina, que ha querido así continuar proyectando sobre sus egresados, las sabias enseñanzas de sus Maestros.*

4) *De nuestros profesores de cirugía, que al acoger con gran benevolencia nuestras dudas, nos han sabido orientar por rutas eficaces, estimando siempre nuestra labor de una manera tal que nos mueve al reconocimiento.*

5) *La colaboración popular, con el apoyo pecuniario y moral, para el engrandecimiento de los centros asistenciales, no como una dádiva, sino como la expresión de una justicia social. Nuestro pueblo es comprensivo y a menudo no retacea su apoyo, se aprecia en las sociedades del Interior ese respeto y consideración, que cual una atmósfera amable y estimulante envuelve al médico y a las instituciones de asistencia social.*

No he pretendido, ni por asomo, agotar las causas que inciden sobre el desarrollo y perfeccionamiento de la cirugía en el Interior del país. sólo he querido mostrar a grandes rasgos sus aristas más salientes, siguiendo las huellas luminosas marcadas por los ilustrados colegas, que en los Congresos anteriores me han precedido en la representación de los cirujanos del Interior. A todos muchas gracias por haber tenido la amabilidad de escucharme.

(Aplausos.)

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL Sr. DECANO DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS MEDICAS DE CORDOBA (R. A.),
Dr. JUAN MARTIN ALLENDE

Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Señor Presidente de la Cámara de Representantes; Señor Ministro de Salud Pública; Señor Rector de la Universidad; Señor Decano de la Facultad de Medicina; Señor Presidente del Octavo Congreso Uruguayo de Cirugía; Eminentes colegas uruguayos; Señoras y señores:

Había llegado a Montevideo como un simple turista, a escuchar vuestras deliberaciones, y me encontré con el Presidente del Congreso que me impuso la obligación de dirigiros la palabra en nombre de los cirujanos argentinos. Acepté este honor porque, realmente, tenemos una gran vocación y un gran amor por este país.

Los cirujanos argentinos, y todos los argentinos en general, llegamos al Uruguay y sentimos que nos encontramos en tierra de promisión. No podemos olvidar que el Uruguay, en las épocas más difíciles de nuestra historia, ha sido el numen tutelar que nos ha dado fe en el porvenir y aliento para seguir en la lucha por el bien máspreciado que puede aspirar a tener un hombre que quiere vivir en sociedad y en convivencia humana, que es la libertad.

El Uruguay nos ha dado siempre la esperanza de la libertad en las dos épocas nefastas de nuestra historia; y durante nuestras dos terribles tiranías hemos vivido con el aliento que nos dio el Uruguay.

Yo vengo del interior de mi país; vengo de Córdoba. Ustedes saben que de Córdoba salió la chispa que encendió la revolución que dio en tierra con nuestra última tiranía.

Quiero repetir lo que ya dije al señor Ministro de Salud Pública, o sea que el primer gesto que tuvo el pueblo de Córdoba fue el sacar de su escondite, donde la tenían, la estatua de Artigas, para ponerla en el lugar más sobresaliente de la ciudad, para que fuera allí, en el sitio donde se la ha colocado, la expresión de lo que es este pueblo, en la figura de su libertador.

(Aplausos.)

Yo quiero expresar el sentimiento de profundo afecto que tenemos los cirujanos argentinos por los cirujanos uruguayos, a quienes miramos con admiración por el progreso alcanzado en los últimos tiempos y de los cuales nosotros tenemos mucho que aprender.

Venimos aquí con profundo interés, y nuestro mejor deseo es el de que esas relaciones que durante estos terribles años hemos debido suspender, se restablezcan definitivamente, como ya lo están, no solamente con los cirujanos de la vecina orilla, de Buenos Aires, sino con los de todo nuestro país, donde actualmente hay muy importantes centros quirúrgicos, todo lo cual seguramente se verá facilitado por las buenas comunicaciones de que disponemos, que nos permitirán vernos con mucha frecuencia y hacer certámenes que nos darán la oportunidad de vincularnos estrechamente, de modo que el progreso de la cirugía de nuestros países marche a la par. Así lo esperamos.

En nombre de los cirujanos argentinos, os doy un saludo cordial, y espero que nuestras relaciones amistosas no se vean nuevamente interrumpidas, y que sigamos adelante por el camino del progreso.

Nada más.

(Prolongados aplausos.)

DISCURSO INAUGURAL DEL PRESIDENTE
DEL 8° CONGRESO URUGUAYO DE CIRUGIA
Dr. JUAN EDUARDO CENDAN ALFONZO

Ante todo debo expresar en mi nombre y en el de todos los miembros de este Congreso, nuestro más sincero agradecimiento por la presencia en este acto inaugural, de los más altos representantes del Gobierno Nacional así como de la Universidad de la República, cuyo apoyo moral y material, imprescindible para asegurar nuestro éxito, significa además, por su importancia y su espontaneidad, el reconocimiento de nuestra labor y el premio para el esfuerzo que significa la realización de estas justas científicas.

Quiero manifestar también el gran placer y satisfacción que experimentamos al tener una vez más entre nosotros a tan brillantes representantes de la Cirugía Argentina, que con su concurrencia prestigian y dan inusitado brillo a nuestros certámenes anuales.

Deseo dar la más calurosa bienvenida a nuestros colegas, cirujanos de toda la República, cuya asistencia y participación asidua en los Congresos demuestra su preocupación, por elevar el acervo científico y fortalecer la armonía de la familia quirúrgica.

Por último deseo presentar mis más respetuosos saludos a las gentiles damas que nos acompañan y cuya presencia pone una nota de simpatía y colorido y un marco de belleza y distinción en esta reunión.

El Congreso que hoy inauguramos, marca una nueva etapa en esta actividad, que como todos los patrocinados por nuestra vieja y prestigiosa Sociedad de Cirugía se han desarrollado regularmente con el fin de propender al progreso en todos los aspectos de la cirugía, en nuestro medio.

Para lograr su objetivo, los Congresos no pueden ser instituciones estáticas, sino que deben mantener el ritmo de las nuevas adquisiciones y de las modernas corrientes de la ciencia.

Este problema, siempre apasionante, debe ser revisado periódicamente, y permitidme que aproveche esta ocasión para hacer algunas reflexiones sobre el porvenir de la cirugía.

La feliz circunstancia de que se hallen presentes altas autoridades nacionales y universitarias, realza el interés de este tema, que lejos de pertenecer al recinto cerrado del aula, debe, por sus proyecciones, desbordar hacia el ámbito de la Sociedad, y nada mejor que esta selecta reunión para tratarlo.

Es un hecho que la cirugía ha experimentado un considerable adelanto en los últimos pocos años, y que está destinada a sufrir un profundo cambio en un futuro próximo no sólo en lo que a técnicas y tácticas se refiere, sino en el propio concepto de su lugar en el tratamiento de las enfermedades.

Las revoluciones producidas por el advenimiento de la era antiséptica, la asepsia, la anestesia, los antibióticos y la transfusión, son conquistas relativamente recientes que extendieron en forma insospechada las posibilidades de la cirugía.

Paralelamente, el concepto anatomopatológico en lo que a patología se refiere, y el concepto anatómico en lo relativo a técnica, después de haber cumplido una importantísima misión sufren en el momento actual una crisis con pérdida de su preponderancia exclusivista.

Durante muchos años constituyó el ABC de la cirugía aquella obra maestra de Farabeuf que enseñaba a realizar amputaciones y desarticulaciones en forma magistral en contados segundos o minutos, con el mínimo de gasto, con el máximo posible de seguridad, en épocas en que los métodos anestésicos rudimentarios, la ausencia de efectiva prevención o tratamiento de la infección, las dificultades de la hemostasis y la imposibilidad de la reparación de las pérdidas sanguíneas obligaban a la rapidez y precisión matemática de los gestos.

Posteriormente, y como consecuencia de la rápida y permanente ampliación de los horizontes de la cirugía, la técnica qui-

rúrgica, fue desarrollándose, adquiriendo en ciertos casos una preeminencia exagerada, en detrimento de los demás conocimientos médicos.

Siendo el acto quirúrgico el gesto de mayor trascendencia en la vida profesional del cirujano, cabe dar a la técnica el lugar prominente que le corresponde.

En la época actual, los grandes perfeccionamientos técnicos, y la especialización, hacen que la preparación del cirujano en este aspecto, sea extremadamente delicada e importante.

Al respecto no sería ocioso recordar que el perfeccionamiento del instrumental y demás elementos auxiliares dentro del quirófano, obligan a encarar el aprendizaje de su uso adecuado, en un plano de gran importancia que ha sido hasta ahora bastante descuidado.

Es lamentable que puedan experimentarse dificultades, en el curso de un acto operatorio por el uso de material inconveniente o la prescindencia de instrumentos apropiados. El cirujano, como el artesano, debe ante todo aprender a obtener de sus herramientas toda la utilidad que son capaces de brindarle.

Pero cualquiera que sea la importancia que se dé a la técnica, no debe olvidarse que es mucho más importante, para el porvenir de la cirugía, el conocimiento íntimo, por parte del cirujano, de las nuevas adquisiciones de la fisicoquímica y la biología, que la preocupación por mínimos detalles técnicos, que, redescubiertos y descritos como nuevos por su autor, no demuestran más que su olvido o su insuficiente información.

Consideraciones similares caben respecto a otros aspectos de la ciencia quirúrgica.

Muchas veces se ha dicho que en la época actual todas las fronteras anatómicas han caído ante el avance de la cirugía. ¿Significa esto que la cirugía se ha convertido en un capítulo terminado?

Nada de eso; el sistema nervioso, el sistema linfático, para no citar más que dos ejemplos, esperan todavía el estudio orientado hacia la anatomía quirúrgica. Pero aún admitiendo en el aspecto anatómico que la evolución de la cirugía no pueda ser muy grande, hay que pensar que el horizonte de la cirugía fisiológica está muy lejos de ser alcanzado. Aun en los problemas

más estudiados como la enfermedad postoperatoria, o la cicatrización de las heridas, es mucho más lo que se ignora que lo que se conoce.

No es nuevo el concepto de que el cirujano puede, en el campo fisiológico, provocar revoluciones semejantes a las que provocara en el conocimiento anatómico en épocas pretéritas.

Del mismo modo que el cadáver no puede dar con exactitud las nociones que da la anatomía en el vivo, los resultados de la cirugía experimental en el animal no pueden ser superpuestos sin error a la cirugía fisiológica en el ser humano.

La anatomía patológica, disciplina también indispensable en la preparación del cirujano, dándole la precisión de sus hallazgos y el control imprescindible para su acción, ha dominado en tal grado el espíritu de aquéllos que se formaron a principios de siglo, que fue necesario mucho tiempo y experiencia para colocarla dentro de sus verdaderos límites sin quitarle la jerarquía que le corresponde y que siempre ocupará dentro del conocimiento médico. La anatomía patológica que necesita conocer fundamentalmente el cirujano, es una anatomía patológica viva, ya que la exploración durante el acto quirúrgico se constituye en un tiempo fundamental, muchas veces decisivo para el futuro del paciente. Pero esa anatomía patológica no puede ser una patología morfológica pura. La cirugía fisiológica, destinada a corregir el defecto anatómico o a prevenirlo, teniendo como meta fundamental la preservación o corrección de la función, domina desde hace medio siglo en el psiquis del cirujano.

A la patología del órgano se ha agregado la patología de los tejidos y ella será rápidamente enriquecida por los adelantos en patología celular y humoral, que a la luz de las adquisiciones insospechadas e insospechables de la físico-química moderna revolucionando los conocimientos biológicos, darán también a la cirugía un impulso vislumbrable pero imposible de prever.

Todo ello ha traído como consecuencia una gran diferencia entre el cirujano de antaño y el actual.

Estamos ya lejos de la época en que bastaba un amplio conocimiento de la anatomía y de la técnica y el dominio de los limitados conocimientos de patología externa para que el médico estuviera en condiciones de ejercer la cirugía.

Ya no es cierta la frase de Soca, quien decía que a un hijo inteligente lo haría médico, y si no lo fuera, lo haría cirujano.

Hoy el cirujano tiene que dominar la clínica, la anatomía, la técnica operatoria, la anatomía y fisiología patológica, pero además cada día tiene que familiarizarse más con la bioquímica, con la exploración humoral, con los problemas de la nutrición y del metabolismo cuyas incógnitas influyen poderosamente en forma negativa sobre la marcha victoriosa de la cirugía.

Pero hay más: cuando el médico trata una enfermedad, partiendo de la base de que lo haga correctamente, si no obtiene éxito sólo tiene que lamentar que los conocimientos médicos actuales no le permitan aún solucionar la situación, pero no tiene que reprocharse el haber sido el causante del mal resultado.

En la cirugía las cosas son diferentes. El éxito espectacular alcanzado en el tratamiento de muchas enfermedades sólo se logra con el riesgo del acto operatorio y sus consecuencias posibles.

El enorme libro de las complicaciones postoperatorias debe ser el mejor estudiado por el cirujano. Si bien hoy el progreso de la cirugía le permite realizar toda una serie de operaciones con alto índice de seguridad y con mínimo de riesgo, no debe olvidar que a medida que la cirugía es más ambiciosa y quiere ser más radical, el riesgo aumenta en progresión geométrica.

Todo ello demuestra la importancia del factor individual, con esa serie de imponderables que distingue al operador del cirujano.

No es posible comprender a los esquemáticos y dogmáticos, que realizan siempre un mismo abordaje y una misma técnica por perfecta que la hagan, que operan por estadística y aplican las matemáticas a la biología.

Como dice Leriche, el cirujano debe tener conciencia del valor intelectual de sus menores actos, y saber que puede ser un gran experimentador sin haber jamás operado un perro.

La cirugía es en realidad una constante experimentación. Por ello, uno de los más importantes atributos del cirujano es el espíritu de observación. De él dependen, el diagnóstico exacto, la exploración eficaz, la noción de seguridad en la acción, o por el contrario, la necesidad de nuevos estudios, de observación y de meditación.

Observación correcta, registro de hechos, con espíritu crítico y escrupulosidad tales que permitan, sin posiciones dogmáticas, captar con rapidez todos los elementos de una situación, con vistas a una decisión terapéutica.

La cirugía, como las ciencias físicas, químicas o matemáticas, debe resolver en ciertos casos, problemas de conocimiento de orden esencialmente intelectual y racionalista; pero lo frecuente, lo que a cada paso debe enfrentar el cirujano son problemas no sólo de fisiología sino de psicología patológica que requieren sensibilidad, tacto y comprensión.

Estas reflexiones permiten comprender cuánto debe alejarse el cirujano del operador.

Para éste, el campo de la cirugía queda limitado al esquema, por más amplio que sea su conocimiento anatómico y su virtuosismo técnico. Para aquél, el horizonte está en el infinito, se le ofrece en cada momento la oportunidad única de observar hechos de trascendencia insospechada en el laboratorio más precioso que es el quirófano, y con los materiales más nobles, que exigen de él, el máximo de responsabilidad en la acción.

Tiene todo un amplio camino a recorrer en el estudio de los grandes problemas de la vida de los tejidos y en sus reacciones a las agresiones foráneas o a las perturbaciones funcionales.

Solamente con este criterio, la cirugía podrá avanzar al ritmo que exige la deslumbrante ampliación de los conocimientos en nuestra época, adquiriendo el inmenso alcance intelectual que le corresponde.

La cirugía no está aún en su apogeo y todavía le costará mucho para alcanzarlo.

El estudio de la vida, cuyo misterio es cada vez menos misterioso, es el que asegura a la cirugía su brillante porvenir.

El panorama que hemos esbozado ha traído un cambio radical en el concepto sobre educación del cirujano y debe hacer reflexionar a todos aquéllos que, por sus posiciones dirigentes en el Gobierno y en la Universidad, así como los que por su calidad de docentes o miembros de las instituciones científicas y gremiales relacionadas con la cirugía, tienen entre sus más importantes deberes velar por la más correcta y amplia formación del cirujano, por el perfeccionamiento del medio donde debe actuar, y

por el ajustado contralor de su actividad para mantener justos límites, sin menoscabo de su libertad de acción y sus aspiraciones de perfeccionamiento y expansión.

Señores: os pido disculpas si en el cumplimiento de este deber, para mí difícil, de cerrar con un discurso el acto inaugural del Congreso, no he logrado merecer vuestro beneplácito.

Si no he conseguido el objetivo que me propuse por lo menos os aseguro que he puesto en ello toda mi buena voluntad, teniendo siempre en mi mente la frase de Quevedo: "El orador es el peor de los ladrones, porque roba el tiempo que no puede restituir".

Lo único que me queda es pedir perdón por este robo.

(Aplausos.)